afirma que fue en él más que mártir. Y pues tal herida recibió el corazón de esta Señora, se podrá decir lo que el mismo Cristo dijo a Santa Brígida: Mi madre y yo como un mismo corazón salvamos al hombre: yo padeciendo en el Corazón y en la carne; mi madre con el dolor en el Corazón, y con su amor. Crecía también el dolor de María por los pecados de los hombres, que fueron otra inmensa materia de llanto y sentimiento por el poco cariño de los discípulos, por la infidelidad de los judíos, por el desagradecimiento de todos los hombres y por la compasión que también tuvo a los Santos sus hijos previendo sus martirios, penitencias y enfermedades que habían de padecer.

Ayudaba también a este dolor el ver que también era causa de la Pasión del Hijo de Dios, no porque le perdonase pecado, sino porque le preservó aun del original, y ser la principal y primera de sus predestinados. Ayudaba no menos su inclinación misericordiosa, y los dones que tenía del Espíritu Santo y su inclinación a mayor piedad, que la de todos lo hombres y mujeres santas y piadosas juntamente. Añade un Doctor, que todas las tres jerarquías de los Ángeles le ayudaban a que

se compadeciese de su Hijo; porque como sabían que sus sillas vacantes se habían de ocupar por los que fuesen conformes a la imagen de Jesús crucificado, y con devoción y compasión agradecieran tal beneficio, y que la Virgen había de ser su reparadora y su reina, anduvieron muy cuidadosos en ayudarla a tener y llevar mayor dolor y compasión de Jesús, para que fuese más agradable a Dios, no sólo para sí, sino para todos los demás hombres. Por lo cual no me admiro, antes lo tengo para mí, que será tal como en una memoria que nos dejó San Cecilio mártir, se dice, que llevó María sangre al pie de la Cruz: y así además del afecto debemos a María la sangre de sus venas, que derramó por nosotros.

¡Oh hijos de la Iglesia! Miremos cuánto debemos a nuestra madre María, a la santísima Madre de nuestro dulce Jesús, nuestro Redentor y nuestra vida: y cómo se lo pagamos con tan pequeños servicios y tan corto y mezquino afecto, que aunque lo tuviéramos de un Serafín, nos ha de parecer así, si nos formamos cabal concepto de nuestras obligaciones y del inexplicable afecto que Ella nos tiene, probado con tal paciencia. ¡Qué amor tan fino el de María para con nosotros sus hi-

juelos adoptivos, cuando sufrió por nuestro bien ver ajusticiar a su hijo natural y el unigénito, que nació de sus entrañas! ¿Qué espectáculo hay más lastimoso, que el ver, cual delante de una tierna madre se ajusticia con pena de muerte atroz, y en público, a su hijo único, a quien quería más que a su vida, y esto siendo inocente? Este trabajo llevó María pacientísimamente por mi bien, y vino en que muriese su primogénito hijo, y tal hijo, para que yo miserable no muriera eternamente. ¡Oh que admirable constancia la de María! Tener ánimo para ver a Jesús, pendiente de un madero, afrentado de todos, dándole los que por allí pasaban gritos con que le llenaban de mil baldones, añadiéndose a sus inmensos dolores tantas injurias.

Infinito debemos a Jesús, que padeció tanto por nosotros sujetando su cuerpo a tantos tormentos y dolores. María sujetó su alma a todos ellos también por nosotros: miremos, pues, que la deberemos por ésto. Claro está, que por ser la persona de Jesús infinita, y por amarnos infinitamente, debemos más a Él; pero si esto no fuera así, sino que las personas fuesen iguales, mucho se puede dudar, quién haría más: esta tierna Madre, en permitir ajus-

ticiar a su único Hijo inocente, y tan querido, con pena de muerte, o el Hijo en morir. A todo esto se sujetó María voluntariamente y habiéndolo previsto. Haré memoria aquí de aquello que reveló esta Señora a una gran sierva suya; que la embajada del Ángel San Gabriel duró algunas horas en las cuales el Angel refirió a la Virgen los trabajos, Pasión y muerte, y el gran desamparo que en ella debía padecer Jesús, el que había de ser su hijo, que aun el mismo Padre Eterno lo había de dejar, con lo cual se enterneció tanto María, que dio de muy buena gana el sí de ser madre de hijo que había de ser varón de tantos dolores, para no desampararle en el trance en que todos le habían de dejar, queriendo ella cooperar a nuestra redención, padeciendo con gran voluntad todo lo que por ser Madre del Redentor del mundo se le había de seguir, y ayudando a toda costa con su contento y sangre al bien del mundo, en cuanto dependió de ella: para que veamos, que si para cosa tan importante, como redimir el mundo, aguardó Dios el sí y el consentimiento de María, también para mi salvación oirá sus ruegos.

Con gran razón, pues, dice San Bernardino, que la Virgen fue crucificada con Cristo en la

hora de la Encarnación, cuando le concibió en sus entrañas; porque en aquella hora se sujetó, y determinó a padecerlo todo, y a sufrir el ver tantos tormentos en su hijo. Y así dice también el estático y devoto hijo de nuestra Señora, Dionisio Richel, que por la compasión que tuvo María de su hijo es salvadora del mundo; y mereció con grandes ventajas que por ella se aplicase la virtud y méritos de la Pasión de Cristo. De aquí podemos sacar una gran confianza en María, conforme al argumento que hace el Apóstol, de la infinita caridad y liberalidad de Dios: Si Dios está con nosotros, ¿quién contra nosotros? Él que aun a su propio Hijo no perdonó, sino que le entregó por todos nosotros; esto es, entrególe a muerte de cruz crudelísima, ¿cómo no nos habrá dado también con él todas las cosas? Esto mismo podemos decir de la Madre de Jesús. Si María está con nosotros, ¿quién contra nosotros? La que por nosotros entregó a su Hijo, dándosele para que muriese para nuestro bien, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas, pues la dispensación de ellas la tuvo tan merecida? ¡Oh estupenda caridad de los Padres de Jesús para con los hombres! ¡Oh asombrosa benignidad y liberalidad de Dios y de María, que a Jesús,

Hijo obedientísimo de entrambos, así le entregaron por nosotros por el inmenso amor que nos tenían, por el cual sufrieron verle padecer inocentemente en la cruz! Y como por amor nuestro le desamparó el Padre en aquel momento, también la Madre por semejante amor no quiso hablar en su favor. A esto se junta que este dolor de la Virgen duró toda su vida; porque desde que concibió a Jesús supo lo que le había de suceder; y así lo tuvo atravesado en sus entrañas antes y después de muerto. Creo también, que aun mucho antes que supiese que había de ser su Madre, tuvo grande compasión al Redentor del mundo; porque conoció por la Sagrada Escritura lo que había de padecer el Hijo de Dios encarnado; y siempre le tuvo grande compasión y ternura.

Tras todo esto no faltaron a la Virgen grandes asperezas corporales y aflicciones de su carne purísima y delicadísima, que voluntariamente sufría, no por cierto por falta alguna suya, pues aun en esta vida tenía un alma más limpia y pura que los bienaventurados, sino por las nuestras, ofreciendo por nosotros sus continuos y rigurosos ayunos, en que deba ejemplo a todos los Apóstoles, y demás fieles y su extremada pobreza, y mortificación de

todo gusto de los sentidos y aflicciones de su cuerpo. El cuidado que tuvo María de afligirse lo declaró la misma Señora a Santa Isabel, monja, diciéndole que fuera de la gracia de su primera santificación, el ejercicio de las demás virtudes le había costado mucho sudor y aflicción inculcando a la santa esta máxima, que ninguna gracia descendía al ánima, sino por devota oración y molesta mortificación, y afligimiento del cuerpo. A San Gregorio Turonense reveló también esta señora, que desde que entró en el Templo no se quitó el cilicio, ni durmió en cama.

Aun hay más que agradecer a María, pues no solo la debemos lo que padeció, sino lo que deseó padecer todas las tribulaciones del mundo: y ¿quién duda, que deseó padecer la mayor tribulación corporal que ha habido, que fue la muerte amarga de su hijo? Sin duda que María deseó ardentísimamente ser crucificada, y verse deshecha a fuerza de tormentos por nuestro bien y salvación. Y si en otras personas estimamos la voluntad, cuando es verdadera y sin cumplimiento, ¿por qué no hemos de estimar, y agradecer esta buena voluntad de la Virgen María?

CAPÍTULO XVI

Cómo debe ser amada María, Virgen Santísima, por su admirable majestad y bondad.

El más fuerte título para amar firmemente a María con pureza de amor y sin mezcla de respeto, interés propio, es el ser Ella quien es, digna de toda reverencia y amor; cuyo título es para esto mucho más poderoso que los beneficios, y que el amor con que solicita nuestro bien. ¿Qué persona criada hay, ni ha habido en el Cielo, ni en la tierra, de mayor majestad de mayor dignidad, de mayor santidad, de mayor bondad, más digna de admiración, ni más allegada a Dios, y querida de aquel Bien infinito, que María? Porque es en todo grande, en todo admirable: en su maternidad, en su virginidad, en su Santidad, en su bondad, su dignidad, en infinitos privilegios y en las inmensas ventajas que lleva a las más admirables criaturas y supremos serafines. El santo padre Jacobo Rem de nuestra Compañía de Jesús, finísimo siervo de Dios y muy devoto hijo de esta gran Madre, estando muy deseoso de saber cómo la llamaría de modo que

se comprendiese algo de su grandeza, una vez mientras decían las letanías de esta Señora los congregantes de nuestros estudios, cuyo padre espiritual era él, vio una inexplicable claridad y luz del Cielo, y en ella a nuestra Señora, que le dijo, que se cifraban muchas de sus grandezas en estas palabras: *Mater admirabilis*, esto es, Madre admirable: dejando al santo padre tan lleno de gozo y del concepto que formó de la grandeza de la Señora, que prorrumpió, sin poder más, en voces exteriores, llamándola a gritos, todo elevado y fuera de sí: Madre admirable, Madre admirable, repitiendo y saboreando estas palabras. Pues ¿cómo no será Madre admirable y maravillosísima la que es Madre de Dios, Madre del que fue *ab aeterno*, Madre del que es Padre de todas las criaturas, Madre de su criador, Madre del mejor hijo del mundo, Madre del hijo tan bueno y santo como el mismo Espíritu Santo, Madre del tal hijo, que no le tiene Dios mejor, Madre del que es nuestra vida, Madre de nuestro Redentor, Madre del que es una persona infinita, Madre de quien es Dios y hombre? ¿Cómo no será Madre admirable la que es madre y virgen, la que es más madre que todas las madres del mundo,

y la que es más virgen que todas las vírgenes? Madre admirable, porque es Madre sin dolor en el parir, sin gusto torpe en el concebir y sin trabajo en la preñez. Madre admirable, porque no quiso ser madre, sino del hijo que quiso: y quiso no a otro hijo, que el mismo Dios, no teniendo esta elección de hijo las otras madres. Madre admirable, que con ser Madre de Dios, quiere ser Madre de los pecadores, Madre de la dicha de los hombres, y Madre de los miserables hombres. Madre admirable, porque es Madre de consolación, Madre de gracia, Madre de misericordia, Madre de las vírgenes y Madre de todas las virtudes.

Madre admirable, porque es admirable Madre, como Dios es Padre admirable, por ser Padre virgen y ser Padre de uno que es Dios. María también es Madre virgen y Madre de Dios. ¿Díganme qué cosa es más admirable, que Dios engendre a un Hijo Dios, o que una criatura engendre al mismo Dios? ¿Que Dios engendre virgen, no pudiendo ser de otra manera, o que una doncellita engendre virgen, no pudiendo ser así? ¿Que Dios engendre a su Hijo *ab aeterno*, o que María engendre al Eterno en tiempo? ¿Que Dios engendre a su Hijo sin haber Él sido engendrado, o que María en-

gendre al que fue engendrado eternamente? ¿Que Dios engendre al que es una substancia consigo, o que María engendre al que es una substancia con Dios? ¿Que Dios engendre al Sempiterno, o que una criatura engendre al Sempiterno mortal? ¡Oh admirable Padre de las misericordias! ¡Oh admirable Padre de las luces! Conozco mis tinieblas y miseria; pues no alcanzo todo lo que hay que admirar en vuestro altísimo modo de engendrar. Mas si tengo que hablar de sólo lo que alcanzo (como al fin alcanzo un poco de vuestra infinita grandeza), confieso que más me admiro de ver a María Madre que a Vos Padre. Claro está, que si Dios había de engendrar, había de ser también Dios lo engendrado. Claro está, que había de engendrar Dios virgen, esto es, sin consorte; porque no había de menester ayuda, siendo de suyo bastantemente fecunda la naturaleza divina; y así, ya que sois Padre, no me asombra que seáis Padre virgen, ni que engendraseis una persona que sea Dios e igual a Vos. Pero si es de admirar y de maravillar mucho que una doncellita pobre engendrara al que es Dios; y que engendrara virgen, sin tener coprincipio humano; y que tenga por hijo a Dios, antepuesta en esto a su hijo, por el

derecho de madre, a quien debió respeto y obediencia el que era Dios, pues en este sentido se celebra el dicho de Enrique de Consfeldia, que era María mayor que su Hijo.

Con razón, pues, se dice María Madre admirable, pues de tantas maneras es maravillosa. Pero no sé si aún es más admirable por haber en ella cosa más que admirar, que el ser madre admirable, esto es, por haber en María cosa más grande que el ser Madre de Dios. No parece que en persona criada se pueda concebir mayor excelencia y dignidad, que en haber dado vida a su Criador, y ser Madre de su Dios. Lo cual, como dice Santo Tomás, es una dignidad en cierto modo infinita: y verdaderamente, para formarnos concepto de la grandeza de María, hemos menester formarlo de lo que es esto. Con todo, por boca de Jesús y aun de la misma Virgen, hay en ella cosa mayor y más porque alabarla y engrandecerla y llamarla dichosa, que por ser Madre de Dios, según la carne y sangre; porque cuando aquella buena mujer empezó a gritos a bendecir a la Madre de Jesús, diciendo al mismo Señor: Bienaventurado el vientre que te trajo, y los pechos de que mamaste, el Señor, como corrigiendo, o mejorando aquella plegaria, o

bendición, dijo: Antes son bienaventurados los que oyen la palabra de Dios, y la guardan. Lo cual dijo el bendito Jesús, no porque no juzgase ser bienaventurada su Madre, sino porque aquella mujer no la alabó de lo que en ella era mayor, que fue aquella asombrosa e inefable santidad, caridad, humildad y obediencia, con que cumplió en todo y por todo la palabra y voluntad divinas; dándonos a entender, que esto es mejor en María, y que por ello es más bienaventurada que por haber parido y dado leche al mismo Hijo de Dios. Mucha grandeza es en María ser Madre de Dios, habiéndole dado su sangre; pero cosa más grande es su pequeñez, y en medio de tanta grandeza, su humildad y su obediencia a la voluntad divina. Mayor cosa es esta que toda grandeza de ser Madre de Dios mismo considerada en sí sola; pues por su obediencia y caridad agradó más a Dios, que por su dignidad y privilegio y beneficio de ser su Madre. Y así la misma Virgen, en aquel cántico, que llena del Espíritu Santo compuso, dice que la dirán bienaventurada todos los siglos; porque miró Dios a su humildad y se complació en ella. Aquella santidad de María, aquella caridad y bondad, aquella virtud sobre toda virtud, son cosas

inexplicables, inefables, estupendas de esta gran Señora; por lo cual merece ser estimada, admirada, adorada, servida y amada de millares de mundos; por lo cual la puede San Ignacio llamar celeste prodigio; San Crisóstomo, gran milagro; San Damasceno, el más nuevo de todos los milagros; San Epifanio, estupendo milagro en el cielo y en la tierra; San Efrén, excelentísimo milagro del universo mundo, y San Bernardino, milagro de milagros.

También es mucho de notar, que amando tanto Jesús a María, y holgándose tanto de ser su hijo, y que ella fuese su madre antes que otra mujer de cuantas nacieron y son posibles, con todo esto nunca se lee en el Evangelio que la llamase madre. Creo que una de las causas de esto, es lo que acabamos de decir; porque más la estimaba por otra cosa, que por ser su madre, según la carne y sangre; aunque por esto debía ser y era muy estimada de él, y reverenciada. Estimábala, pues, sobre todo lo criado, y sobre toda la naturaleza, y sobre toda la gracia que tienen los hombres y ángeles, por su admirable santidad y amor, y unión con la voluntad de su Padre. Por la misma causa también, cuando

dijeron que su madre y hermanos le estaban aguardando, respondió, que aquellos eran su madre, y hermano, y hermana, que hacían la voluntad de su Padre. Porque como sabía cuánta grandeza es ésta, y más eminente que los mismos serafines le tenía María, cumpliendo la voluntad de Dios en la tierra mejor que los bienaventurados en el cielo, siempre se le iba el alma y el corazón, y las palabras de su boca a esto, en oyendo nombrar a su Madre, y por esto quería que fuese María especialmente engrandecida y admirada. Con todo, porque estima también mucho el ser su Hijo, al fin de su vida quiso Jesús recompensarla, y pagarle este nombre; y así, ya que él en muchas ocasiones no la llamó madre, por justas y altísimas causas de su infinita sabiduría, quiso que no dejase oír innumerables veces este amoroso nombre; por lo cual la encomendó a su discípulo amado, y en él a todos los fieles, diciendo: Ved ahí a tu Madre, para que San Juan y todos nosotros la llamáramos así no hartándonos de decir: Madre, Madre nuestra, Madre de los pecadores, Madre de misericordia, Madre de gracia, y, sobre todo, no sólo Madre de Jesús, sino Madre de Dios absolutamente, que no

hay más que decir: ¡Oh buen Jesús! ¡Oh obedientísimo Hijo de María! Bendito seáis de mil mundos de serafines por lo que honrasteis a vuestra Madre, y por lo que nos honrasteis a nosotros. Honrasteis a vuestra Madre por lo que ella más debía ser honrada, y a nosotros en permitir que llamemos Madre a la que os parió y a la que tanto os agradó, que la levantasteis sobre todos los serafines.

CAPÍTULO XVII

Cómo debe ser amada María, Madre de Dios, por su admirable hermosura y majestad.

No cesemos, pues, de admirar esta estupenda grandeza y suma perfección de la persona de María, de este milagro de milagros y primor del omnipotente brazo de Dios que procuró sacar una obra digna de sí. Zeuxis, para sacar una cabal y primorosa pintura, copió de cinco hermosísimas doncellas las más acabadas y perfectas facciones que tenían. Mas

Dios para formar a María puso en ella lo mejor que hay en toda la naturaleza y la gracia, y lo mejor que hay en todos los santos y en los coros de los ángeles; ni se contentó con esto, sino que primero hizo varios retratos de María en las figuras que precedieron suyas en el Antiguo Testamento; como si instruyera primero la mano para sacarla perfectísima, remirándose y entreteniéndose, mientras llegaba el tiempo señalado, con retratos y representaciones suyas. Y si bien es verdad que es mayor la hermosura de su alma y divinos dones con que la hermoseó el Espíritu Santo que la perfección del cuerpo, (por lo mucho que va del alma al cuerpo); empero porque nuestra rudeza no alcanza a entender lo que es hermosura espiritual, y se mueve más por esta corteza tosca de los sentidos, diré algo de la perfección y hermosura corporal de esta gran Reina nuestra, con ser lo menos que hay en ella. No ha criado Dios ni criará a persona humana, ni otra pura criatura más compuesta, más modesta, ni más hermosa que María, cuya majestad y honestísima belleza de rostro tenían suspensos, y como si estuvieran en la gloria, a los que la miraban, como de sí confiesa San Dionisio Areopagita, el cual, luego

que San Juan Evangelista le puso en presencia de María, quedó tan atónito de un gozo divino que le bañó alma y cuerpo, que dice con juramento que, si la fe no le dijera lo contrario, creyera que había ya entrado en la gloria del cielo empíreo, y que María era Dios. Pues si este santo espiritual y contemplativo, dice esto de la hermosura corporal de la Virgen, y estando en este valle de lágrimas, ¿qué podremos decir de la espiritual, en cuya comparación la corporal no tiene ser? Muchos afligidos con sólo mirar a María se consolaban e iban por sólo esto a verla; pero además del respeto y gozo de corazón que infundía en los que la miraban, les inspiraban honestidad y pureza.

Por cierto con razón San Juan Damasceno no llama a esta Señora la beldad de la naturaleza, su flor, su bizarría. Y San Agustín dijo: Si te llamara rostro de Dios, digna eres de este nombre. Y a San Dionisio Areopagita, como testigo de vista, le pareció así. Pues fue tan perfecta María en todo, que aunque no fuera Madre de Dios, se le debía de derecho, por el exceso de sus excelentes y sobreeminentes partes, el principado de todo el mundo, y ser Señora del universo. Fue tan grande la fama de

su hermosura y majestad que corrió entre los primeros cristianos, que de unas provincias a otras la llevaban, y de padres a hijos se divulgaba de modo que algunos cayeron en error, entendiendo que María era persona divina y que tenía verdadera deidad. No es así, no es persona divina María; pero es tal, que si no es persona divina, nadie es mejor que María y nadie la aventaja.

Ahora en la gloria, ¿cuál será la majestad de la Reina de los Cielos? Toda la hermosura del cielo empíreo será borrón respecto de ella, que resplandecerá sobre todos los bienaventurados y tanto cuanto es el número de todos ellos, ángeles y hombres. Hablando de su resplandor, un Doctor dice: Si todas las arenas del mar, todas las hierbas de la tierra, todos los átomos del sol, todas las estrellas del cielo, se convirtieran en otros tantos soles, en ninguna manera pudieran todos juntos llegar a la claridad de la Virgen María. Graves autores escriben que un clérigo devotísimo de esta Señora, deseoso de ver su hermosura, que tanto se encomia en la Sagrada Escritura, pidió con instancia a la Virgen, que se la dejase ver. Fuéle revelado por un ángel, que la Virgen le vendría a ver y mostrársele; pero que

advirtiese, que no podría sufrir tan hermoso espectáculo sin quedar ciego: pues no era conveniente que ojos que hubiesen mirado a la Reina de los Cielos, mirasen otra cosa de la tierra. El devoto clérigo, que se moría de ansias y deseos de ver a esta Señora, dijo que no le importaba quedar ciego. Mas después advirtió, que si perdía la vista totalmente, le sería fuerza pedir limosna de puerta en puerta, porque no tendría con qué sustentarse; y así le pareció que sería buena traza abrir solamente un ojo, guardando el otro para no carecer así ni de la vista de la Virgen, ni sentir el daño de la pobreza. Hízolo de esta suerte, mas apenas se le apareció la hermosa entre las hijas de los hombres, María llena de una inestimable claridad y luz, cuando goloso de aquella hermosura no pensada, quiso abrir el ojo que tenía cerrado para gozar más de aquella hermosura estupenda; lo cual sólo sirvió para llorar el no haber perdido, a trueque de poder contemplar más todavía a quien desean ver los mismos ángeles; porque desapareció luego María. Quedó muy desconsolado de haber reparado en su pobreza, y en los bienes del mundo y de no haber perdido ojos y vida por ver más a la Virgen; y decía entre sí: Ojalá todo

yo no fuera sino ojos; ojalá todos los miembros y coyunturas de mi cuerpo fuesen otros tantos linces para ver de nuevo a María, y pidiendo a esta Señora con suspiros del corazón, que se le dejase ver otra vez que de muy buena gana quería perder la vista que le quedaba, y no ver cosa más de la tierra, la Virgen benignísima le concedió lo que pedía: y mostrándosele tan hermosa como antes, no sólo no le privó de la vista, sino que le restituyó la que en un ojo había perdido. Tan tierna y tan amiga de hacer bienes es María.

Pero ¿qué mucho que así admirase la hermosura de esta Señora a un hombre mortal, cuando a los mismos bienaventurados les causa admiración y pasmo? ¡Oh Virgen Santísima, dice San Epifanio, que dejaste atónitos a los ejércitos de los ángeles! estupendo milagro en los cielos es una mujer vestida de sol; estupendo milagro en la tierra es una mujer que lleva en sus brazos la Luz. San Pedro Damián dice también de ella grandes loores, admirado de su hermosura, cuando piensa en ella. Reina del Cielo, dice, Madre de nuestro Padre, fuente de la fuente viva, origen del Principio, Señora, ya no esclava, tanto más misericordiosa, cuanto más poderosa, que nos

ama con un amor indecible, ver a la cual es la suma gloria después de ver a Dios, Virgen engendradora de Dios, de cuya hermosura el sol y la luna se pasman.

¡Oh, cómo tiene en sí clavados los ojos de los bienaventurados María! ¡Cómo la admiran los más sabios querubines! Y aun el mismo Hijo de Dios no aparta los ojos de su Madre. Concuerda con esto lo que San Gabriel dijo al beato Amadeo, que en el Cielo no estaba tanto la Virgen al lado de su Hijo, como fronteriza a Él, para estarla mirando siempre de cara; y que cuando se mueven de lugar Jesucristo, o su Madre, siempre es de modo que no se vuelvan la cabeza, sino que se miren de frente.

CAPÍTULO XVIII

Cómo debe ser amada María, Madre de Dios, por la admirable hermosura de su alma.

La hermosura del alma de María, los dones divinos que en ella puso el Espíritu Santo, la sobreabundante gracia de que la dotó,

su inmensa santidad, sus virtudes heroicas, ¿quién podrá conocerlo y entenderlo? Pero aunque toscamente, diré algo de lo que nuestra cortedad alcanza. María sola es más santa, y tiene más gracia y amor de Dios, que todos los órdenes de serafines, querubines y tronos; que todas las jerarquías de los espíritus soberanos; que todos los ejércitos de mártires, confesores y vírgenes; que todos los coros de los demás santos, que todos los bienaventurados que hay en el cielo; que los justos que hay, ha habido y habrá en la tierra; porque tanto aventaja a todos cuanto heredó nombre más excelente. Y, ¿qué tiene que ver el nombre de madre con el de siervo? ¿A qué persona angélica, ni humana, puede decir Jesús, sino a María: mi Madre eres tú; tú me engendraste? ¿Y qué criatura, sino María, podrá decir a su Criador: mi Hijo eres tú; yo te engendré? El santo padre Martín Gutiérrez hizo defender esta verdad de los merecimientos y santidad de María sobre los bienaventurados juntos, en nuestro Colegio de Salamanca del cual era Rector. Y el santo y doctísimo padre Francisco Suárez empezó a defender de esta manera la santidad de María. Vino del cielo esta agradecidísima Seño-

ra a dar gracias al padre rector por aquel servicio que se le hacía. En los sermones del discípulo se refiere otra revelación, que fue hecha a otro santo religioso de la grandeza de la gloria, en que aventaja la Reina de los Cielos a la que poseen todos los ángeles y santos. Lo mismo significó San Gabriel al devoto Amadeo. Yo aún tengo para mí, que no se declara con esto toda la santidad de María, según lo que de Ella dicen los Padres de la Iglesia hablando de su dignidad; y que no solamente excede a toda la santidad de los bienaventurados juntos, Ángeles, hombres que hay y habrá, sino que Ella sola tiene más gracia que cuantos justos hay, ha habido y habrá, y la que tuvieron juntamente los espíritus y hombres justos que en algún tiempo la perdieron: y no es poca gracia esta, pues sin duda fue muchísima la que perdieron tantos Ángeles apóstatas, que fueron innumerables, y la gracia que perdieron hombres santísimos, que después perecieron, así la gracia de los Sacramentos, como la de sus buenas obras. Porque pienso que no ha dado Dios menos gracia a su Madre de la que ha repartido por otro lado; esto es, que ha dado de diversos modos al resto de las criaturas.

Pues no sólo la gracia que Dios ha dado, sino aun la que había determinado dar a los hijos de Adán en el estado de la inocencia, naciendo todos en gracia y justicia original, no la dejó perder, sino que la puso con creces en su Madre, siendo ella concebida en más gracia y fuerza; pues reunió toda junta aquella en que hubieran nacido todos los hijos de Adán, y con que fueron criados Adán y Eva, y todos los ángeles, y que han recibido todos los niños en el sacramento del Bautismo, o por la circuncisión, o por cualquier otro modo que hubo de consagrarlos a Dios en la ley natural. Y después, cuando concibió al Hijo de Dios en sus entrañas, a más de la inefable gracia que mereció por aquel acto de obediencia, humildad y caridad, cuando dice: He aquí a la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra; por el cual sólo mereció más que todos los Santos juntos (según dijo San Bernardino) le dieron también como sacramentalmente (no atendiendo a merecimiento suyo, sino a aquella obra que hizo en ella el Espíritu Santo, de la Encarnación y la unión hipostática) más gracias que no se ha dado en todos los siete Sacramentos a todos los hombres del mundo, y en los martirios que

se han padecido. De modo que la gracia que se dio a María, sin atender a merecimiento suyo, fue mayor que cuanta se ha dado a su manera a las demás criaturas, ora se hayan salvado, ora perecido; y la gracia que se le dio por sus merecimientos, fue también mucho mayor que la que se haya dado a todas las demás criaturas por sus merecimientos, ora la hayan aumentado, ora perdido. Pero María toda la aumentó y multiplicó doblándola perpetuamente. De lo mucho que mereció la Virgen con el sí que dio para Encarnación del Hijo de Dios hallo una declaración del cielo, que confirma lo que San Bernardino dijo y se refiere en la *Historia de los varones ilustres de la Tercera Orden de San Francisco*; en donde se dice que fue manifestado a una persona muy santa, que tuvo la Virgen en aquella hora, obedeciendo a Dios y creyendo las palabras del ángel, mayor mérito que el que todos los ángeles tuvieron en lo que obedecieron a Dios; mayor que todos los mártires, en sus luchas; mayor que todos los confesores y vírgenes en todas las obras de penitencia, y en la pureza virginal que guardaron.

Todo esto se dice con bastante fundamento, conforme a lo que afirman los Santos, y

parece que es razón. El Concilio Cracoviense, que se celebró en Polonia, dice que tanto cuanto excede Jesucristo a María, María excede a los demás Santos. De lo cual parece que se sigue, que es mucho más que doblada la gracia y santidad y merecimiento de María respecto a las demás criaturas racionales juntas; porque la ventaja que lleva Jesucristo a María por la santidad de la naturaleza divina, que tiene por la unión hipostática, es infinita. Y así, para entenderse la ventaja que también lleva esta Señora a los demás bienaventurados, se ha de considerar como infinita; y que aun cuando no sea infinita en rigor, nosotros no la podemos entender bien, sino como una cosa inmensa y sin fin. Y así dijo San Juan Crisóstomo, que había diferencia infinita entre la Madre de Dios y sus esclavos; San Pedro Damián dice, que la grandeza de la gloria que recibió María carece de principio, que es lo mismo que decir es infinita. San Ildefonso la llamó incomprensible. San Buenaventura afirma que fue inmensa la gracia que llenó a María. Es también sentencia de San Anselmo, que convino que la Madre de Dios resplandeciese con tal pureza, que después de la de Dios no se pueda concebir mayor.

Para que se vea algo de este exceso, supongo lo que dicen gravísimos teólogos, fundados en razón y piedad, y en la doctrina de los Santos, que la Virgen con cada acto nuevo que hacía doblaba la gracia que tenía: pues si este doblar la gracia se concede a los ángeles en el primer instante, ¿por qué no se había de conceder siempre a la Reina de ellos que jamás puso impedimento a Dios, sino que obró todo lo que pudo obrar, conforme a la gracia que poseía y a la moción del Espíritu Santo? y estos actos de la Virgen fueron tan continuos, que aun durmiendo no cesaba de merecer. Supuesto esto, se halla por buena y rigurosa cuenta que, aunque en su Concepción no la hubiese Dios santificado, sino con un grado de gracia, Ella se dio tanta prisa a multiplicarla, que pasados dos días, en las dos horas primeras solamente (aunque no hiciese más obras meritorias que una cada cuarto de hora), había merecido más gracia que toda la muchedumbre de predestinados (aunque fueran tantos, cuantos son los granos de arena que puedan caber en toda la redondez del mundo, desde el centro de la tierra hasta el cielo estrellado, lleno este inmenso vacío por todas partes, conforme al cómputo de Arquímedes y del

padre Clavio); y esto aunque tuviese cada uno de este número innumerable de predestinados diez millones de grados de gracias. Y este exceso de merecimientos de la Virgen sobre los merecimientos de tantos predestinados contiene el mismo número de arenas multiplicado por mil quinientos noventa y seis millones y novecientos veintiocho mil. Pues si en dos horas de merecimientos, empezando en su Concepción un sólo grado de gracia, y dando que sólo cada cuarto de hora hiciese un acto meritorio, excedió tanto María, cuánto más en setenta y dos años de vida, mereciendo de día y de noche y a cada instante doblando sus merecimientos y habiendo empezado a vivir con tanto caudal de gracia, que ni el mayor serafín, ni santo alguno acabó con tanta gracia, como fue aquella con la cual la Virgen empezó, que fue incomparablemente mayor, y mereciendo en el menor acto suyo más que el mayor santo en toda su vida. Pues ¿qué diremos si a esto se junta la gracia que como *ex opera operato*, o liberalmente sin atención a sus merecimientos, se le concedió en muchas ocasiones, como en la Encarnación del Hijo de Dios, en la Natividad, en el día de la Pasión, en el de la Resurrección, en la venida del

Espíritu Santo, y después en los sacramentos a los adultos se da según su disposición, y la disposición de María fue tan admirable y como inmensa, la gracia había de corresponder a la misma? Pues si consideramos los demás dones del Espíritu Santo, los demás privilegios de todos los Santos y ángeles con sus demás dignidades, todo lo de todos, y de cada uno, está en María con eminencia; y María sola constituye como principado aparte y, si así se permite hablar, una como general jerarquía; y revela muchas cosas a los ángeles y los ilustra y enseña.

¿Qué consuelo tan grande es este para nosotros pobrecitos, e hijuelos de esta gran Madre, ver que es tanta y tan inmensa su grandeza? Porque al paso que su gracia es grande, es grande su amor y misericordia; y así nos podemos regocijar al vernos tan singularmente, y, por decirlo así, tan inmensamente amados de esta Señora; pues con el mismo amor con que ama a Dios nos ama a nosotros. Y pues fue su amor de Dios tal, que murió sin otra enfermedad que de amor; es de grande consolación vernos amados en Dios de quien tanto le amó, que su amor fue más fuerte que la muerte. ¡Oh! ¡Y qué gozo es ver a María

llena de gracia; ver a este brazo de misericordia, todo lleno y rebosando! Porque, con cualquier oración nuestra que lo toque, no es posible sino que derrame en nosotros algo de la gracia de que está lleno.

CAPÍTULO XIX

Cómo debe ser amada María, Madre de Dios, por lo sumamente agradecida que es.

A proporción de esta inmensa grandeza y bondad de María son su misericordia, su humildad, y todas las demás virtudes y, lo que suele cautivar mucho los corazones, su agradecimiento, del cual sólo quiero decir aquí alguna cosa; porque fuera menester alargarme demasiado, si hubiera de detenerme en todas sus virtudes, por las cuales debe ser amada. De ésta trataré aquí por ser gran motivo para robarnos el alma, ver que así agradezca lo que se hace por Ella, aun no haciendo lo que debemos; y es que, como tiene Ella tan ardiente afecto y deseo de hacernos bien, anda buscan-

do ocasiones en que darse por obligada. Tal agradecimiento tuvo esta gran Señora en vida; y ahora le continúa desde el cielo con notables extremos. Tengo para mí, que no hizo persona alguna buena obra a María, mientras vivía, que no se lo agradeciese ella con alcanzarle la vida eterna. De aquellos buenos pastorcillos, que en la extrema necesidad que tuvo en Belén, cuando parió a su hijo, la visitaron y socorrieron con sus presentillos rústicos, consta que fueron después santos. Más conocida cosa es la de los Reyes Magos, a los cuales alcanzó también gran santidad. También aquellas buenas Marías, que habían tenido buena correspondencia con ella, fueron santas; y alcanzó de su Hijo que escogiese por Apóstoles a los hijos de sus conocidas; y los demás fueron de Galilea, en donde vivía. De los parientes y deudos de María, que ella conoció, sabemos que treinta fueron santos, esto es, casi todos, teniendo en los estados de la Iglesia, y coros del cielo, primos y sobrinos santos. Los Apóstoles más queridos, y la mitad de aquel Colegio sagrado, fueron parientes o deudos suyos. Y escritores de gran antigüedad atestiguan que el príncipe de los Apóstoles y cabeza de la Iglesia, San Pedro, fue tam-

bién deudo de la Virgen. Aquel dichoso ladrón que confesó a Jesús agonizante en la cruz, dicen que antes había hecho un servicio a la Virgen; y si esto es así, ¿quién duda que viéndole María, que estaba presente, crucificado al lado de su Hijo, y tan ciego, que le estaba maldiciendo, compadecida de él, le encomendaría al bendito Jesús, y que este Señor oyó los ruegos de su afligida Madre? porque obra fue de la misericordia de María la conversión tan milagrosa de aquel hombre. Y cierto que es para enternecer el corazón la memoria que tuvo, a la hora de la muerte, de dos buenas mujeres, que le habían hecho buena vecindad; pues se acordó de ello la Virgen, y encargó a San Juan, repartiese entre ellas sus pobres vestidos; porque era tan pobre de bienes de la tierra la que era Reina del Cielo, que si no es lo que llevaba puesto, no tenía otra cosa.

Pues ya que se halla en el cielo desde donde parece que por la majestad en que está no ha de debernos nada, no es creíble el agradecimiento que nos tiene. San Bernardino en una dulce sentencia, y de gran consuelo, significa la agradecidísima humildad (aun allá en la gloria) de esta Señora, y dice así: Cortesanísima es la gloriosa Reina Virgen María,

que no puede ser saludada, sin que ella torne a saludar de un modo admirable. Si dijeres cada día devotamente mil Ave-Marías, mil veces serás saludado de la Virgen. De Adán de San Víctor sabemos, que porque saludó a la Virgen, diciendo: Salve, Madre de piedad, y Triclinio de la Santísima Trinidad, la Virgen le saludó y dio las gracias. También vino desde el cielo, como hemos dicho, a agradecer al santo padre Martín Gutiérrez, de nuestra Compañía, el haberse difundido por su ocasión el conocimiento de la excelencia de sus méritos, sobre los de todos los bienaventurados juntos. Por un servicio muy debido que le hizo San Ildefonso convenciendo a unos herejes, que negaban su perpetua virginidad, le quedó tan reconocida, que, estando en la iglesia con el rey Recesvinto, le envió un recado, agradeciéndoselo públicamente con las palabras bien significativas. A vista de todos se apartó la piedra del sepulcro de Santa Leocadia, virgen y mártir, y saliendo la Santa de él se llegó al Santo Pontífice dándole el recado de la Virgen, y diciéndole: ¡Oh Ildefonso, por tí vive la honra de mi Señora! ¿Qué mayor cortesanía y agradecimiento que éste, confesar que su honra vivía por su siervo? Des-

pués de esto se tornó la mensajera del Cielo a su sepulcro, quedándose el siervo con algunas prendas de este favor. No se contentó la agradecidísima María con agradecerlo por tercera persona a su devoto Ildefonso; mas ella por sí misma, y con obras lo quiso hacer, trayéndole un rico presente, que fue aquella preciosa casulla, con que le vistió, bajando del Cielo para esto la misma Reina de los ángeles. A otro santo sacerdote de Tortosa trajo en señal de su agradecimiento un cíngulo que hoy se guarda en la iglesia de aquella ciudad. Otra rica vestidura recibieron de las agradecidas manos de María, San Benito y Santo Tomás Cantuariense, el cual siendo mancebo estaba todo lleno del amor de la Virgen. Sucedió que en una conversación con otro de su edad, tratasen de los favores que les hacían algunas doncellas. Santo Tomás, que no tenía otra afición sino la de la Reina del Cielo, tras cuya honra y amor se le iba el alma, dijo que había una persona a quien él amaba más que a su vida, y de quien había recibido mayores favores que hombre nacido de la persona que más le quería. Los amigos le instaron que les mostrase algunos de aquellos favores. El cayó luego en la cuenta; y pareciéndole que había ha-

blado con poca humildad, se fue al pie de un altar de Nuestra Señora a pedirle perdón. Mas la piadosa Madre de misericordia le consoló, diciéndole que era así; y que ella era su querida; y que así le traía favores, y presentes del Cielo; y dióle juntamente una arquita con su propia mano, la cual después abrió el santo delante de sus amigos, y hallaron dentro una casulla colorada, señal del sacerdocio, y del martirio que después alcanzó. En otras muchas cosas mostró esta Señora el agradecimiento que tenía al amor con que este santo siervo la servía y amaba. Enternece verdaderamente la llaneza y humildad con que una vez estando remendando su cilicio Santo Tomás, vino del cielo esta gran Madre a ayudarle y mientras el santo cosía, la Virgen se lo estaba sosteniendo, en lo cual nos dio a entender la estima que hace de las penitencias.

En estos casos de este santo mártir, no sólo se echa de ver el agradecimiento, sino una suma humildad y afabilidad, que son otras tantas cosas que concilian mucho el amor, y más cuando se hallan en los superiores: y ¿quién mayor que María, entre cuantas personas criadas hay? Y ¿quién más humilde? Pues la que es Reina de todo lo criado

se quiere igualar a sus esclavos, que se obliga a tales correspondencias con ellos, pagándose tanto del amor que le tienen, como si no se lo debiesen, ¿Qué mayor correspondencia? y ¿qué mayor humildad que lo que dicen muchos autores pasó a un honesto soldado, a quien el demonio procuraba hacer caer en una fuerte tentación de deseo lascivo de una mujer? Él, por consejo de un ermitaño, rezó a la Virgen durante un año cien Ave-Marías, cada día. Al cabo del mismo, cuando salía de la iglesia de cumplir su devoción, encontró a una matrona hermosísima, que excedía incomparablemente a toda otra hermosura, la cual le detuvo el caballo. El soldado se quedó admirado, y fuera de sí, de ver tal donosura y belleza. Díjole la castísima Virgen: ¿Agrádate mi hermosura? Él respondió: No he visto en mi vida cosa más hermosa. Replicó la humilde María: ¿Contentaríaste si pudieras tenerme por esposa? El soldado dijo: Por cierto que el mayor rey del mundo se pudiera tener por dichosísimo con tal compañía. Luego dijo la Virgen: Pues yo seré tu esposa, llégate a mí, y recibe mis abrazos en señal de casto amor; y haciéndolo así, añadió la Virgen: Ahora se han empezado a ce-

lebrar las bodas, y en tal día se acabarán de celebrar delante de mi Hijo. Y luego, ¡oh estupenda humildad de María! le hizo montar a caballo, forzándole a ello con su mandato, estando él temblando de temor y reverencia. Con esto quedó libre de aquella tentación, y murió sin haber precedido enfermedad, el día que le había fijado la Virgen en que se había de perfeccionar su desposorio.

Con el santo Alano de la Orden de Santo Domingo, también se desposó, dándole un anillo, que había hecho de sus cabellos. Fue también muy solemne desposorio el de San Hermano. Apareciósele la Virgen acompañada de los ángeles; uno de ellos dijo: ¿Quién es el casto esposo de esta Virgen purísima? y otro respondió: Hermano, el que está presente es su esposo. Oyendo el santo estas palabras, lleno de vergüenza y temor se llegó a ellos, y dijo, que era indignísimo de tal nombre y tan singular merced. Aunque el santo rehusaba con humildad un favor tan grande, uno de los ángeles le tomó la mano, y juntó con la de la Virgen santísima, diciéndole: Esta es la esposa y Virgen purísima, que por medio nuestro te entrega el Cielo, como en otro tiempo se la entregó a José: mírala, y sírvela como esposa

querida; y de hoy en adelante te llamarás José, como se llamó su primer esposo.

No es menos de admirar, ver cómo estima María nuestra palabra y amor. Dice Vicente de Burgundio, que había recibido cierto mancebo un anillo de una mujer a quien estaba aficionado; y queriendo jugar a la pelota, para que no le estorbase, entró en una iglesia, para dárselo allí a persona conocida; reparó en una imagen de la Virgen; y considerando su hermosura, trocado el corazón, dijo: Verdaderamente, Señora, más hermosa sois que quien me dio esta prenda; y así desde ahora dejo aquel amor por el vuestro, que no quiero sino que me améis, y yo amaros. Diciendo estas palabras, puso a la Virgen el anillo en el dedo; el cual, la Virgen aceptó doblegando el dedo, dándose por esposa suya; mas después, inconstante aquel mancebo, queriendo casarse, la Virgen no lo permitió; y le fue a requerir mostrándole el anillo y acusándole de infiel para consigo, hasta que al fin dejó totalmente el mundo, dedicando toda su vida al servicio de la Virgen. San Edmundo se desposó también con esta gran Reina y Señora poniéndole en la mano un riquísimo anillo, que hizo fabricar para ella, quien le correspondió fidelísima-

mente. ¿Qué más humilde y agradecido pecho que el de María, que se abate, por amor de sus devotos y esclavos, a igualarse con ellos, aceptando nombre y oficio de tanta igualdad?

Por este grande agradecimiento de María se tiene por señal de predestinación su devoción; a la cual algunos han llamado (y es conforme a lo que enseña San Buenaventura) carácter y marca de los predestinados. Otros afirman que es moralmente imposible condenarse quien fuere verdadero devoto de esta Señora: lo cual también parece conforme a San Anselmo, y a la razón; porque como la Virgen se incline tanto a hacer bien, aunque no lo hayamos merecido, juntada esta graciosa inclinación con la obligación que ella se impone por cualquier servicio, llueven dones del Cielo sobre sus fieles devotos; y son grandes prendas estas de salvación, por verse a cargo de tan gran valedora sin la cual nadie se salva, y que puede tanto con Dios: como la misma reveló a un religioso santo, según el Discípulo en sus sermones refiere.

Dijo, pues, la Reina del Cielo a aquel devoto suyo, que entre los inefables gozos que en la gloria y bienaventuranza del Cielo está poseyendo, era uno de los principales el que

su voluntad y la de la Santísima Trinidad son de tal manera como una sola, que todo lo que a Ella le agrada, es con inefable favor concedido de Dios, y que la paga y galardón de los que en esta vida la sirven, está remitida a la voluntad y albedrío suyo. Y claro está, que en sus ruegos y misericordias antepondrá a sus devotos; con lo que pueden andar seguros con humilde confianza de su salvación: porque como es imposible, dice San Anselmo, salvarse a aquellos a quienes la Virgen torciere el rostro, y de quienes apartare los ojos de su misericordia; así es necesario y forzoso que se justifiquen y salven los dichosos y bien afortunados, en quien esta soberana Princesa pusiese los ojos misericordiosamente para abogar e interceder por ellos. Por la misma razón sucede que la devoción verdadera a la Virgen sea como la medida de la santidad; porque al paso que es uno más santo se experimenta comúnmente ser más hijo y devoto de esta gran Madre. Y Dios, que con eficaz suavidad dispone los medios conforme a los fines, no sólo a los predestinados parece que marca con esta señal de afecto filial a su Santísima Madre, sino que también al que escoge para darle un eminente grado

de santidad, y para mayor gloria, lo dispone asimismo con una excelente piedad y mayor devoción para con la que es el Arca de la gracia, y Reina de la gloria: que bien podemos llamar así a María, por impetrárnosla Ella; como llamó David a su Hijo Santísimo, Rey de la gloria, por habernos merecido que nosotros la mereciésemos.

CAPÍTULO XX

Cómo debe ser amada María, Madre de Dios, por ser nuestra Reina, por ser nuestra Madre, por ser Madre de Dios y quererlo Dios.

Por otros muchos títulos debe ser amada y reverenciada María, como son, por ser coronada por legítima Reina nuestra, por lo cual le debemos toda lealtad, amor y reverencia. ¡Oh cristianos! consolémonos con tal Señora, pues toda su grandeza es bien para nosotros: y tanto es más misericordiosa, cuanto más poderosa. ¡Oh afabílisima, mansísima potencia de María, que toda es para hacernos misericordia! Al

imperio de Dios todas las cosas están sujetas, y aun la misma Virgen; y al imperio de la Virgen fueron también sujetas todas las cosas, y aun el mismo Dios. Añade San Bernardino una notable y devota proposición. Agradeciendo el poder de esta gran Reina, dice que más pudo hacer María de Dios que Dios de sí mismo, porque le hizo mortal y pasible. Pues si pudo hacer que Dios se hiciese lo que repugnaba a su esencia, ¿cómo no podrá hacerle misericordioso para con nosotros, cosa que es tan conforme a su naturaleza? Con este imperio de María los ángeles, que son de diferente naturaleza, y que no la han de menester para su salvación están gozosísimos, y se tienen por muy honrados. Pues ¿qué seria razón hiciésemos nosotros, pues en la naturaleza se nos parece tanto esta Señora y la hemos tanto menester? ¿con qué reverencia, con qué lealtad, con qué obediencia la hemos de mirar? Aprendamos, pues, de los ángeles este respeto y sujeción con que la juraron por su reina, y jurémosla también por nuestra emperatriz. Al bienaventurado Juan Menesio fue revelada la fórmula de la adoración y pleito-homenaje, que hicieron a María los ángeles, cuando entró en el Cielo, la que en nombre de los demás dijo San Miguel, y es la

siguiente: Lo que antes de haberse perfeccionado el mundo sensible prometimos a Dios, hoy todos prometemos a ti, ¡oh María! como a nuestra Reina, a ti te nombramos Reina de los Cielos: a ti los tronos, querubines y serafines con humilde voz te confesarán. Todos nosotros te reconoceremos por nuestra Superiora: todos te adoramos por Madre de nuestro Dios. ¿Cómo no nos edificamos de este ejemplo de los ángeles y no nos corremos de que, no debiéndole ellos tanto como nosotros, la reverencien, sirvan y obedezcan, y amen más que los que somos de su linaje, y estamos tan necesitados de la soberanía de este reino de María? Dice el devoto Juan Tauburno: Es María muy imperiosa, y constituida por Princesa del universo, sobre toda la casa y familia de Dios; y en tanta manera es presidenta y superiora de todas las cosas, que sin el imperio de su boca no se puede mover un pie, ni poseer un ardite, ni chistar siquiera en todo el universo; lo cual aunque ahora no se eche de ver, será cosa manifiesta al mundo, cuando la habrán de publicar, quieran o no quieran, todas las generaciones Princesa suya bienaventurada.

Después de esto debe ser amada María por ser nuestra madre, porque aunque no es nues-

tra madre natural, es nuestra verdadera madre por adopción; pues hemos recibido de ella este inmenso favor, que nos haya querido adoptar por hijos y tener por tales, con ser nosotros lo que somos, que muchas otras mujeres se corrieran de que fuéramos sus hijos. De modo que por este parentesco legal tan estrecho, que hay entre María y nosotros, le debemos el amor y reverencia que le deberíamos si fuera nuestra madre natural, y aun mayor; porque no es menos de estimar que el parentesco de sangre, este parentesco de afecto en amor y que nace de amor; y es tanto más de agradecer, cuanto menos obligación tuvo a ello, siendo totalmente libre y gracioso.

No es este título muerto, ni honorario solamente, sino muy afectuoso; porque no sólo gozamos de esta incomparable honra de llamarnos hijos de una tan poderosa Reina como María, sino también de los frutos y provechos que nos trajera el ser hijos suyos por naturaleza; pues cuida de nosotros la Virgen, como si hubiéramos nacido de sus entrañas, y nos hace semejantes oficios regalos, hasta llegar a dar a algunos leche de sus pechos, como además de San Bernardo (devotísimo hijo suyo, a quien bañó los labios con su leche), lo ha hecho con

otros. El Cardenal Pedro Damiano dice que, estando un clérigo, devoto hijo de esta Señora, a punto de morir, fue a visitarle la Virgen como madre; y poniéndose a la cabecera de la cama, le comenzó a acariciar, como una piadosa madre a su amado hijo; y, descubriéndose sus castísimos pechos, le echó leche de ellos en sus labios, con lo cual quedó luego bueno. Y añade el mismo doctor que era fama constante que, aun en aquel tiempo se veían en los labios de aquel santo clérigo señales de la leche sagrada de María. Estos regalos hace esta Madre piadosa, para que con su leche bebamos el amor a su Hijo. Catón quiso que a todos sus hijos diesen leche sus esclavas para que les tuviesen amor los hijos de ellas; y la Virgen, para que tengamos amor a Jesús, hace semejantes favores, y, cuando es invocada con este nombre de madre, se tiene por más obligada. Cuando Balduino, conde de Flandes, hizo la jornada a la Tierra Santa, mandó el Papa Inocencio III que todos los monasterios de la Orden del Císter contribuyesen, dando la cuadragésima parte de sus bienes. El General y los Superiores de la Orden suplicaron a Su Santidad de aquel mandato, por ser contra los privilegios de otros Sumos Pontífices. El Papa Inocencio

llevó esto muy a mal, y, engañado con falsos informes, determinó suprimir la Orden. Afligiéronse mucho los santos monjes; y, no hallando favor bastante en la tierra, acudieron a su patrona y protectora, a su Madre celestial, que en el santo patriarca Bernardo los adoptó por especiales hijos. Hacían en sus monasterios cada día procesión, andando descalzos y clamando a su Madre divina, repitiendo estas palabras: *Ave Maris stella; monstra te esse matrem*: Mostrad que sois nuestra madre: mostrad que sois nuestra madre, ¡oh, María estrella del mar! No hablaban con madre que tuviese entrañas de piedra; no clamaban a madre que fuese sorda; porque mientras ellos la invocaban, se apareció a Raynero, confesor del Papa, y le dijo: "Da a Inocencio este recado de mi parte: Tú pretendes destruir a mis hijos: no podrás salir con ello; antes tú y todas tus cosas serán primero destruidas". Con esta amenaza del cielo se trocó el corazón del Pontífice; cesó en aquel intento, y favoreció a la Orden del Císter con este privilegio, que cualquier negocio de esta sagrada religión que fuese a Roma fuera preferido a otros. De esta manera mostró la Virgen ser madre de los que la llamaban así.

Aparte de esto, el título de Madre de Dios, de Madre de nuestro Redentor Jesús, nos obliga mucho; porque, aunque ni Ella fuera nuestra reina, ni nuestra madre, ni nos hubiera hecho bien, ni se acordara de nosotros, ni fuera tan sumamente buena y santa como es, ni viéramos en Ella otra virtud, por sólo ser Madre de nuestro Salvador Jesús, de nuestro bienhechor, de nuestra vida, de nuestro Dios, debía ser reverenciada, querida y amada de todo el mundo, si hay en nosotros algún afecto y fidelidad y amor a Jesús, nuestro único bien y legítimo Rey de la gloria, Dios Verdadero.

Sobre todo esto, el más fuerte título que hay para amar y servir a María es que Dios lo quiere, y tanto como lo quiere; por lo cual la hemos de querer y reverenciar más que por todas las demás causas, aunque son tan grandes; porque de esta suerte el amor a María es fina caridad; y así se agradará más a la misma Señora, que más quiere que la amemos por dar gusto a Dios, que por sí misma; porque más quiere que amemos a Dios, que a ella, pues más ama ella a Dios, que a sí misma: y amando a María, porque lo quiere Dios así, cumplimos con entrambos; haciendo lo que gusta a Dios, que es amar a María, y haciendo lo que

gusta a María que no es verse amada, sin ser mucho más amado Dios. Y por lo mismo para la práctica de la devoción verdadera de la Virgen se ha de observar mucho esto, dándole este gusto, de que amemos mucho y purísimamente a Dios, y que no amemos cosa que no sea por Dios, amando mucho más a su Majestad; para lo cual es menester formar un alto concepto de cuatro cosas. De lo que es Dios, de lo que es María, de lo mucho que quiere Dios que la amemos y de cuán justamente lo quiere. De cuyos sentimientos ha de nacer un cordialísimo e intensísimo amor a esta Señora, amándola porque lo quiere Dios así: y lo quiere tan de veras y tan intensamente que, para que así lo hagamos, ha determinado no dar cosa, que no sea por ella. Y esto lo quiere por justísimas causas: por lo mucho que la ama Él; por lo mucho que Ella nos ama (que gusta Dios tengamos buenas maneras y correspondencia con tan fina amadora nuestra); por los innumerables bienes que nos hace, que también quiere Su Majestad no seamos desagradecidos por los bienes que nos puede y quiere alcanzar; pues como desee Dios nuestro bien, quiere también que hagamos lo que nos sienta bien (y tanto como nos sienta bien amar a tan agradecida y

blanda y amorosa Madre). Con estos sentimientos y afectos ha de andar el verdadero amor a María, y cada vez que halle su imagen, se ha de acordar de esto; y no menos ha de amar a María, porque lo quiere Dios por sí mismo, que porque lo quiere así la misma Señora.

CAPÍTULO XXI

Cómo debe ser servida y amada María, Virgen y Madre de Dios, por la grande dulzura que da el servirla.

Bastantes causas hemos tenido para obligarnos a amar y servir a María, Madre de Dios, por lo provechoso y lo honroso que nos es: porque ¿qué mayor honra y provecho que ser hijos amados de una reina, y más de la del cielo? Pero porque el gusto es muy poderoso para algunos, quiero también hacerme cargo de esto; que no sé qué tiene el nombre de María, del cual nace un filial afecto para con tal Madre, que derrama miel y suavidad y un castísimo

deleite que llena el alma de dulzura; y verdaderamente para mí es esto un grande argumento de cuán conveniente y necesaria nos es la devoción de esta Señora y de lo mucho que lo desea Dios, por sernos tan importante y pertenecer tan singularmente a la Providencia divina acerca de los predestinados. Porque así como dio Dios inclinación natural a todas las cosas hacia aquello que les es conveniente; y en el sentido y apetito puso singular deleite y gusto en las acciones necesarias para el bien y conservación del individuo; de la misma manera en el orden de la gracia, por ser bien y provecho de todos los fieles una grande inclinación y afecto a esta Señora, y en su devoción y servicio ha puesto una gran suavidad y gusto por sernos tan necesaria. Esto dejo a la experiencia de cada uno, si se dedica de veras al servicio de esta tal Reina: porque presto sentirá tal blandura y suavidad de afecto y piedad, que le llenará de un gozo y deleite santo que satisface y recrea el corazón más que cuantos gustos de la tierra hay: porque así como nos es importante para la vida del alma servir a María, más que cuantas acciones hay de los sentidos necesarias o convenientes para conservar la vida del cuerpo; así el gusto interior

de su devoción es mayor que todos los gustos de los sentidos. Por esto dijo Ricardo de San Lorenzo: "En María hallan todos y cada uno de nuestros sentidos su dulzura, su deleite y su contento". Y en otra parte dice: "María es más dulce que la miel, porque excede su dulcedumbre a toda la dulcedumbre del mundo y de los deleites del cuerpo".

Algunas veces se ha visto ser la dulzura del alma tan abundante que sobra para rebosar en el cuerpo. A Marsilio, Obispo de Tuscia, que estaba en la iglesia de San Severino de Colonia, afirmó una noble y piadosa matrona que jamás pronunciaba el nombre dulcísimo de María sin llenarse su boca y corazón de una dulzura y suavidad inefable. Admirado Marsilio de un regalo y favor tan singular, le preguntó la causa, y respondió que tenía por devoción y costumbre rezar cada día cincuenta Ave-Marías con otras tantas reverencias y venias delante de la Santísima Virgen, de quien había alcanzado esta merced, que la saliva de la boca le parecía y hallaba sabrosa más que la miel, mientras estaba rezando su devoción. El propio Marsilio deseó experimentarlo en sí; y apenas había hecho la misma devoción por espacio de seis semanas, cuando sin-